

El gobierno de Allende: aspectos económicos

José C. Valenzuela Feijóo

Aportes, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, Año XI, Número 33, Septiembre - Diciembre de 2006

El artículo examina los aspectos económicos del gobierno de Allende. La historia en Chile como en todas partes la escriben los vencedores, pero los derrotados que también la vienen escribiendo, lo hacen con una perspectiva que no difiere de la que manejan los vencedores, porque han sido asimilados a la ideología de derecha dominante, donde las razones últimas del Golpe de Estado y la consiguiente dictadura, residirían no tanto en el comportamiento de las derechas sino en el de las izquierdas, donde se llega a la conclusión de que los trabajadores deben aceptar la matriz capitalista del sistema y abandonar sus afanes por trascenderlo, su lucha debe limitarse a ciertas reformas que, les permitan mejorar su condición económica y además sean aceptadas por la clase dominante. En esta perspectiva, el estudio crítico y objetivo de la experiencia de la Unidad Popular chilena no puede ser aceptado. Por nuestro lado, el afán es muy diferente, se trata de llamar a estudiar a fondo esa experiencia, tratando de aprender de los errores, es decir, tratando de estudiar no para agachar la cabeza sino para volver a rebelarse.

The Government of Allende: Economic Aspects

The article examines the economic aspects of the government of Allende. History in Chile as everywhere is written by the winners, but the defeated ones who also come it writing, do it with a perspective that does not defer from the one that the winners write, because they have been assimilated to the ideology of dominant conservatives, where the last reasons of the Coup d'etat and the consequent dictatorship, would reside not as much in the behaviour of the conservatives but in the one of the liberals, where it reaches the conclusion that the workers must accept the capitalist matrix of the system and leave their eagerness to overcome it, its fight must be limited to certain reforms which, allow them to improve his economic condition and in addition are accepted by the dominant class. In this perspective, the critical and objective study of the experience of the Chilean Popular Unit cannot be accepted. By our side, the eagerness is very different, is to call to study thorough that experience, trying to learn of the errors, that means, trying to study not to bend the head but to return to rebel itself.

Para Miguel Enríquez, in memoriam.

“¿Qué es lo que me ha salvado de convertirme en un pingo almidonado? El instinto de la rebelión, que desde el primer momento se dirigió contra los ricos...”

A. Gramsci.

“Durante la revolución, millones y millones de hombres aprenden en una semana más que en un año de vida rutinaria y monótona. Pues en estos virajes bruscos de la vida de todo un pueblo se ve con especial claridad qué fines persiguen las diferentes clases sociales, de qué fuerzas disponen y con qué medios actúan.”

V. I. Lenin.

Propósitos

Nuestro propósito es examinar, en términos muy sintéticos, la experiencia del gobierno de Allende, concentrando la atención en los aspectos económicos del proceso. Se sabe que en períodos de transición y de grandes mutaciones, es la variable política la que pasa a ser la clave de cruz de todo el proceso. Por lo mismo, aunque debemos hablar de la economía, también ensayaremos algunas mínimas referencias a estos muy decisivos aspectos. En la exposición, sólo nos ocuparemos de lo que consideramos aspectos centrales de tal experiencia, y dejaremos de lado el aparato estadístico del caso. Aunque éste está disponible, aquí

nos interesan más las reflexiones de orden cualitativo y el dato estadístico sólo lo usaremos como ilustración.

Señalemos también: la experiencia del gobierno allendista fue extraordinariamente rica y cuando a ella volvemos siempre encontramos antiguas y nuevas aristas que ameritan una muy precisa y detallada reflexión. En este sentido, la temática a veces pareciera infinita. Por lo mismo, sobretodo en un ensayo breve, resulta muy complicado elegir qué temas abordar y cuáles dejar de lado. Siempre quedarán algunos aspectos claves un poco o mucho al margen. En este sentido, conviene advertir que hemos sido extremadamente selectivos y esque-

máticos y que sólo la comprensión del lector podrá ayudar a completar el contexto que el tema exige.

Algunos antecedentes sobre el desarrollo previo

Durante los sesenta, la economía chilena exhibía las insuficiencias típicas del modelo de industrialización sustitutiva en su fase terminal. Siendo muy selectivos, podemos mencionar los rasgos (y problemas) que siguen.

Primero, estructuras agrarias en que todavía domina el latifundio tradicional, de corte semi-capitalista. Lo cual, se traducía en una oferta muy inelástica con el consiguiente impacto negativo en la inflación, el balance de pagos y las ganancias industriales. Y cabe recordar que ya durante la administración de Frei (1964-1970) se aprobó una ley de reforma agraria más o menos radical, aunque se procesó con lentitud.

Segundo, se mantenía el perfil exportador primario propio del modelo previo primario-exportador. Además, el sector exportador (gran minería del cobre, en especial) estaba en manos del capital extranjero. Lo cual, implicaba consecuencias conocidas: un crecimiento lento y muy inestable de las exportaciones más un drenaje significativo de divisas, tanto por el intercambio no equivalente que afecta a los productos primarios como por las ingentes remesas de utilidades (visibles u ocultas) de las empresas extranjeras afincadas en el sector exportador.

Tercero, un proceso de industrialización “trunco”. Es decir, un avance industrial que no lograba abarcar a los bienes de capital e intermedios sofisticados y que

tampoco era capaz de desplegar una gran capacidad exportadora.

En tal contexto, en los sesenta se busca avanzar en el proceso de industrialización, apuntando a bienes de consumo duradero y ciertos intermedios. Lo cual, dio lugar a problemas y consecuencias que podemos recordar. *a)* Las ramas industriales (conocidas como “metal-mecánicas”) que pasan a jugar el papel de dinamizadoras del crecimiento, se encuentran con un delgadísimo mercado interno. Por ejemplo, el rubro medios de transporte sólo encontraba demanda desde el 4.9% de la población, la de más altos ingresos. Como bien apuntara Aníbal Pinto, se busca producir bienes que exigen “un *mercado de masas, pero sin masas* que, en efecto, lo sustenten y lo amplíen progresivamente hacia el futuro” (Pinto, 1975: 85); *b)* esas ramas de crecimiento preferente, tenían una escasa capacidad de absorción ocupacional. Se acentuaba, por ende, el problema del desempleo; *c)* la estrechez del mercado interno y la importancia de las economías de escala en tales rubros, provocaba una consecuencia automática: la constitución inmediata de fuertes y cerradas estructuras oligopólicas; *d)* al poco andar, esas ramas se ven invadidas por el capital extranjero el que pasa a ocupar las posiciones claves.

El último punto nos conduce a señalar otro gran problema: el del capital extranjero. Este, amén de controlar el sector exportador, pasó también a controlar lo básico de las ramas industriales más dinámicas. Además, dada la crónica propensión al déficit externo, por la vía del capital de préstamo y el crecimiento de la deuda externa, generó renovados lazos de dependencia. En el período, conviene recordar, se efectuaron

excelentes estudios sobre el papel de la inversión extranjera y todos ellos demostraron que casi todas las “virtudes” que se le atribuían (igual que hoy) a la inversión extranjera, eran simplemente falsas. Por ejemplo, su aporte al financiamiento externo neto. En Chile, en el período 1965-69, las exportaciones pasaron desde 776.4 hasta 1306.3 millones de dólares: subieron en un 68% (un alto 13.9% anual). Entretanto, las salidas que provocó el capital extranjero (depreciación y amortización, intereses y utilidades) subieron desde 282.2 millones de dólares a 725.9 millones. O sea, en un 157% (nada menos que un 26.6% anual). Estas salidas equivalían a un 36% del valor de las exportaciones en 1965; en 1969 eran equivalentes a un 56%. El punto es conocido (aunque en la actualidad se lo oculta): las entradas de capital provocan automáticamente flujos en sentido inverso que muy pronto anulan los efectos netos positivos iniciales. Esto, a menos que el crecimiento de la inversión extranjera sea cada vez más rápido. Pero si esto tiene lugar, el efecto neto positivo va irremediablemente acompañado de otro: en muy pocos años la economía “nacional” queda completamente en manos (salvo los “changarros” hoy tan publicitados) del capital extranjero. En breve, se acaba o suprime como economía nacional.

En la época también destaca el creciente papel económico del Estado: *i*) aumenta drásticamente su participación en la inversión fija total (disimulando así el creciente parasitismo de la burguesía autóctona); *ii*) se pone al servicio del nuevo tipo de capital extranjero, generándole economías externas y hasta canalizando ahorros nacionales en su favor; *iii*) jugando un papel decisivo

en el aspecto “realización” del producto global. Según un estudio de la época, en 1970 el sector público inducía el 47% del valor agregado total, un 41% del empleo, un 44% del consumo familiar y un 44% del excedente bruto (Mistral, 1974: 34).

Auge del movimiento de masas.

El gobierno de Frei (1964-1970) fue un intento de reforma burguesa. Se buscó cambiar la propiedad tradicional en el agro, captar una mayor parte del excedente del sector exportador y avanzar en el proceso de industrialización a una fase más avanzada. Estas metas, escindieron profundamente al bloque dominante y, a la vez, empujaron aún más al movimiento de masas.

Según un estudio de la época, “en 1966 había un total de 2 mil 870 sindicatos que agrupaban a 35 mil 516 trabajadores. En 1970, los sindicatos habían subido a 4 mil 519 y sus miembros a 551 mil 86 personas.” (Sader, 1971: 38). En 1963-64 hubo 980 huelgas que comprometieron a 255 mil 563 trabajadores. En 1970 las huelgas ascendieron a 2 mil 796 y comprometieron a 922 mil trabajadores (Sader, 1971: 38). Asimismo, se elevó el peso de las huelgas ilegales, las formas de acción directa se extendieron y la toma de fábricas, latifundios y establecimientos se tornó un fenómeno masivo y cotidiano. El auge no sólo afectó al proletariado urbano. Es también notable la movilización campesina: los sindicatos agrícolas llegaban a 201 y tenían 10 mil 647 en 1966. En 1970 ya había 510 sindicatos con 114 mil 112 socios. En 1964 se contabilizaron 39 huelgas campesinas, en 1968 llegaron a 447. En el período 1960-66 el promedio anual de latifundios tomados fue de 6 por año; en 1969 la cifra

llegó a 148. También se incorporaron al movimiento huelguístico sectores de capas medias, especialmente la pequeña burguesía funcionaria o burocrática y los estudiantes. En este sector, la crisis fue extremadamente profunda y provocó la quiebra de las viejas y tradicionales estructuras universitarias.

Frente al cerco del auge popular, el reformismo de Frei se vió rebalsado y empezó a utilizar la represión violenta. Hubo matanzas de obreros industriales (en las minas cupríferas), de campesinos y pobladores (en el sur del país) y de estudiantes. El punto era claro: los mecanismos de la democracia burguesa comenzaban a entrar en una contradicción cada vez mayor con el curso de la evolución económica y social. El gobierno enarbó el lema de la “mano dura” que llegó a simbolizar muy bien la tendencia represiva que comenzaba a exigir el modelo económico en curso, que ya era calificado como “concentrador y excluyente”.¹

Auge popular y tendencias al desahucio de la democracia burguesa son los dos ejes bajo los cuales se aproximaron las elecciones presidenciales de 1970. A éstas el bloque dominante se presentó dividido. Algo que se explica por el daño que algunas reformas inflingieron a un sector oligárquico y también por el mismo auge popular, ante el cual el bloque no logró un total acuerdo para combatirlo. Algunos, como Tomic, insistían en la ruta reformista y

democrática. Otros, enfatizaban el conservadurismo y la represión. Los resultados fueron una grave derrota electoral y política de las clases dominantes. Con ello, se inauguraba el gobierno de la Unidad Popular allendista.

El programa económico de la Unidad Popular: aspectos centrales

1.- Aspectos económicos y políticos básicos.

La Unidad Popular fue un frente de clases amplio. En ella confluyeron la mayor parte del proletariado urbano y rural, fuertes contingentes campesinos, una vasta masa de la pequeña burguesía —especialmente en sus estratos asalariados y burocráticos— y algunos segmentos de la burguesía pequeña y mediana localizados en la industria de bienes-salarios. En el plano político, el bloque estuvo conformado por seis organizaciones políticas. Las más importantes y decisivas fueron el Partido Comunista y el Partido Socialista. El primero poseía una militancia fundamentalmente obrera y por la coherencia de su línea política y su disciplina orgánica, pensamos que en términos cualitativos fue el partido más fuerte del bloque. El Partido Socialista también contaba con fuertes contingentes obreros, con una dirección de origen pequeño burgués. Menos disciplinado, este partido tendía a asumir posiciones que lo situaban a la izquierda de Allende y del P.C. A partir del 4 de septiembre de 1970 fue el partido con mayor votación del bloque. El tercer partido fue el Radical, donde se concentraban sectores de la burguesía pequeña y media y, sobretudo, empleados de la administración pública. Otros partidos fueron el

¹ La expresión corresponde a Pedro Vuskovic, el destacado economista de CEPAL y que fuera ministro de Economía en el gobierno de Allende. De este autor ver la recopilación *Obras escogidas sobre Chile, 1964-1992* (1993).

MAPU que integraba a profesionales e intelectuales de pensamiento cristiano, más el Partido Socialdemócrata (burguesía agraria del sur del país) y el API (sectores pequeño-burgueses y empresariales medios).

¿Qué proyecto político manejaba la Unidad Popular?

Para aclarar el punto nos concentramos en dos dimensiones básicas: las tareas que se proponían respecto al Estado y las referidas a los cambios en la estructura económica.

Sobre el Estado, oficialmente se postulaba su reemplazo por un Estado popular, aunque no se explicitaba mucho el contenido que éste debía asumir. En este contexto conviene subrayar tres claves: *a)* se suponía que la transición al nuevo aparato estatal se daría en forma gradual y pacífica; *b)* se rechazaba explícitamente la dictadura del proletariado como forma estatal propia del período de transición: En palabras del mismo Allende, “ las circunstancias de Rusia en 1917 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es muy semejante (...); allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado (...). Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista”;² *c)* en cuanto al aparato estatal represivo no se postulaba su destrucción sino “el afianzamiento del carácter nacional de todas las ramas de las Fuerzas Armadas” y su “integración” a tareas sociales y de desarrollo económico.

² S. Allende, “Mensaje al Congreso”, mayo de 1972. Una recopilación de discursos de Allende en el período viene en *La vía chilena al socialismo* (Allende, 1998).

De hecho, lo que la experiencia fue mostrando es una estrategia (a veces más implícita que explícita) que apuntaba a la *ocupación del aparato estatal burgués para desde allí insuflarle un nuevo vino al viejo odre*. En realidad, en esto radicaba la misma médula de lo que se denominó la “vía chilena al socialismo”.

En cuanto al cambio de las estructuras económicas, se señalaba que las tareas económicas a desplegar son “por su esencia y objetivos, antiimperialistas y antioligárquicas con la perspectiva del socialismo”. Con ello, se debería configurar una nueva estructura económica en que “existirán diversos tipos de economía, a saber: la pequeña producción mercantil, aquella que va al mercado y que se basa en el trabajo personal o del grupo familiar de los artesanos, de los campesinos y propietarios de talleres; el capitalismo privado, constituido por el sector de los pequeños y medianos empresarios cuyos medios de producción no serán expropiados; el capitalismo de estado, fruto de diversas formas de asociación o de colaboración entre el poder popular y los capitalistas, y el sector estatal o público de la economía.” (Corvalán, 1971: 324 y 325) El sector público, asimismo, se entendía como equivalente a un sector socialista, el cual debería funcionar como sector dirigente del ulterior proceso de crecimiento.

Por ende, el sector clave y que debía funcionar como núcleo del socialismo a desarrollar era el estatal o “Área de propiedad social”. Este se integraba con: “ 1) la gran minería del cobre, salitre, yodo, hierro y carbón mineral; 2) el sistema financiero del país, en especial la banca privada y seguros; 3) el comercio exterior; 4) las

grandes empresas y monopolios de distribución; 5) los monopolios industriales estratégicos; 6) en general aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país, tales como la producción y distribución de energía eléctrica; el transporte ferroviario, aéreo y marítimo; las comunicaciones; la producción, refinación y distribución del petróleo y sus derivados, incluyendo el gas licuado; la siderurgia, el cemento, la petroquímica pesada, la celulosa y el papel.”³

Los principales sectores y clases afectados por el programa de la U.P eran las inversiones extranjeras, especialmente las localizadas en el sector primario-exportador (cobre, salitre, hierro, etc.). Vale decir, se afectaba gravemente al capital imperialista norteamericano. También el programa afectaba seriamente las bases de la burguesía industrial monopólica y de la burguesía financiero-comercial; en suma, de la oligarquía financiera. Por último, el programa también apuntaba a la destrucción de las bases económicas de los terratenientes agrarios.⁴

En síntesis, el cumplimiento del programa debía resquebrajar casi por completo los soportes económicos del bloque político dominante.

2.- *La estrategia de desarrollo.*

De acuerdo al resumen que ofrecía el “Programa básico” se manejaban las siguientes metas fundamentales: “1) resolver los problemas inmediatos de las grandes mayo-

rías. Para esto, se volcará la capacidad productiva del país (...) hacia la producción de artículos de consumo popular, baratos y de buena calidad; 2) garantizar ocupación a todos los chilenos en edad de trabajar con un nivel de remuneraciones adecuado; 3) liberar a Chile de la subordinación al capital extranjero; 4) asegurar un crecimiento económico rápido y descentralizado (...); 5) ejecutar una política de comercio exterior tendiente a desarrollar y diversificar nuestras exportaciones (...); 6) tomar todas las medidas conducentes a la estabilidad monetaria. La lucha contra la inflación se decide esencialmente en los cambios estructurales enunciados.”⁵

El programa, asimismo, le concedía gran importancia a la planificación. A partir del sector estatal reconfigurado, se pretendía organizar un “sistema nacional de planificación” capaz de dirigir la economía en sus lineamientos básicos, evitar los desequilibrios económicos y asegurar una mejor asignación de los recursos.

En la estrategia económica manejada se debe subrayar: el desarrollo industrial propuesto ponía gran énfasis en las ramas que producían bienes-salarios. En cuanto a los medios de producción (bienes de capital en especial) se tendía a postular que debían ser producidos, indirectamente, por el sector exportador. Es decir, se trataba de usar las divisas que tal sector debería generar para financiar la importación de los bienes de capital exigidos por el crecimiento. En este sentido, bien se puede sostener que la clave del proceso de reproducción (la producción de bienes de capital) seguiría anclada fuera del país. Como también se

³ Cf. “Programa básico del Gobierno de la Unidad Popular”, Santiago, 1970.

⁴ Proceso ya iniciado en la previa administración de Frei.

⁵ Programa Básico, citado.

suponía una desviación del comercio al área socialista de la época (la URSS y Europa Oriental, en lo básico), se suponía que tal encuadre no iba a originar problemas ni económicos ni políticos. Al contrario, se suponía, un tanto ingenuamente, que ese desplazamiento iba a ser favorable tanto en términos económicos como de autonomía política.⁶

Cabe agregar: dada la pequeña dimensión de la economía chilena, las posibilidades de desarrollar una industria de bienes de capital nacional que fuera rentable, era y es muy escasa. A menos de pensar en un salto cuasi continental al socialismo que posibilitara una especialización dinámica en cierto tipo de bienes de capital, el énfasis tenía necesariamente que ser puesto en impulsar la dinámica exportadora del país. Lo cual, como lo mostró la experiencia ulterior, no era nada sencillo. Y si en los mercados mundiales capitalistas el sabotaje a las exportaciones chilenas fue bastante estricto, por el lado del campo socialista la ayuda fue muy insuficiente. Como sea y antes que nada, no hubo capacidad interna para dinamizar las exportaciones. Mas bien al revés, la estampida del consumo junto con disparar las importaciones, dejó menos excedentes exportables.

3.- Principales metas macroeconómicas

En lo que se refiere a las metas de crecimiento, se estableció un plan cuyos objetivos centrales traducían los grandes lineamientos antes reseñados: elevar el crecimiento del PIB y volcarlo en beneficio de

⁶ Las advertencias que hiciera el Che en su célebre discurso de Argel, por lo visto, no fueron asumidas con la seriedad del caso.

los grupos sociales más postergados. Conviene recordar algunas de las metas cuantitativas que se manejaron para mejor dimensionar los citados propósitos.

Para el PIB se postulaba un aumento del 51% para el sexenio. Como tasa anual y comparando con períodos anteriores se tenía:

| | |
|---------|------|
| 1959-64 | 4.0% |
| 1965-70 | 3.9% |
| 1971-76 | 7.0% |

Para la inversión se postulaba un incremento relativamente moderado del coeficiente de inversión (IGB sobre PIB). Como lo indicaron algunos voceros destacados, se trataba de evitar las penurias de la "acumulación socialista originaria". Las cifras eran:

| | |
|---------|-------|
| 1960-64 | 16.4% |
| 1965-70 | 15.6% |
| 1971-76 | 18.0% |

Valga agregar: si el esfuerzo de inversión subía en un 15%, la tasa de crecimiento anual lo debería hacer en casi un 80%. Implícitamente, esto suponía un muy fuerte incremento en la relación marginal producto a capital. Salvo a muy corto plazo, se trataba de una meta de factibilidad más que dudosa.

En cuanto al esfuerzo ocupacional se buscaba un drástico descenso de la tasa de desocupación, quedando ésta al nivel de la friccional:

| | |
|---------|------|
| 1959-64 | 7.5% |
| 1965-70 | 5.7% |
| 1976 | 2.0% |

Este descenso implicaba crear un millón de nuevas ocupaciones en el sexenio.

Finalmente, recordemos las metas de distribución del ingreso. Tomando pie de la participación salarial, se tendría:

| | |
|---------|-------|
| 1959-64 | 49.2% |
| 1965-70 | 51.6% |
| 1976 | 61.0% |

En la actualidad, cabe señalar, en Chile la participación salarial gira en torno al 35%. Y en otros países asolados por el flagelo neoliberal (como vg. México) la participación es aún menor.

La dinámica del proceso y la política económica

El gobierno de Allende duró menos de tres años. Por el lado de la evolución económica podemos distinguir, en términos gruesos, dos fases. La primera se extiende hasta mediados de 1972 (más precisamente, hasta mayo de 1972, cuando Vuskovic abandona su cargo de Ministro de Economía y es reemplazado por Orlando Millas, miembro del PC). Se trata de una *fase de expansión impulsada por la demanda, especialmente por el lado del consumo*. La segunda fase cubre la mitad de 1972 y termina con el golpe. La podemos denominar *fase conservadora, de agudización de los desequilibrios y de semi-estancamiento*.

a) Primera fase: expansión impulsada por el consumo.

El nuevo gobierno recibió una economía estancada. A la vez, dispuso de amplias posibilidades de crecimiento a corto plazo: *i)* existía un gran margen de capacidades productivas no utilizadas: la tasa de operación en la industria, parece haber girado en torno al 75%; *ii)* también era alto el nivel de desocupación: hacia fines de 1970, en el Gran Santiago, llegaba al 8.3%; *iii)* asimismo, se disponía de un fuerte nivel de reservas. Con lo cual, la usual restricción exter-

na se podía obviar en un primer momento. En principio, era cosa de elevar la demanda para lograr una respuesta productiva y así se hizo.

Dos fueron los mecanismos claves que se manejaron: *i)* un significativo aumento de los salarios; *ii)* el crecimiento del gasto y déficit públicos. Asimismo, se manejó una política monetaria y crediticia altamente permisiva y se buscó mantener el tipo de cambio.

El esquema que se manejó, respondía a tres propósitos fundamentales: *i)* reactivar la economía y aprovechar a plenitud los potenciales productivos disponibles; *ii)* lograr una fuerte redistribución del ingreso a favor de los sectores asalariados; *iii)* ampliar las bases de apoyo del gobierno.

Asimismo, conviene subrayar: el llamado “equipo económico” tenía bastante claro que este impulso no podía durar mucho tiempo y que debía aprovecharse, a partir de sus resultados políticos, para avanzar muy rápidamente en los cambios estructurales mayores. En especial, esto significaba crear y consolidar el nuevo sector estatal y, con cargo a ello, movilizar el excedente económico para impulsar la acumulación y el crecimiento.

En cuanto a los logros económicos inmediatos, podemos señalar: *i)* el PIB global y el industrial crecen en términos espectaculares: al 8.3% el primero (la tasa más alta de los últimos quince años de esa época) y al 14.6% el industrial (que en 1970 había crecido al 0.3%); *ii)* la tasa de desempleo bajó desde un 8.3% (diciembre de 1970) a 3.9% (diciembre, 1972); *iii)* la inflación bajó desde un 34.9% en 1970 a un 22.1% en 1971; *iv)* los salarios reales crecieron y la participación de sueldos y sala-

rios en el ingreso nacional llegó a un 59.0% en 1971. Es decir, al cabo del primer año de gobierno se había casi alcanzado la meta sexenal. A primera vista, los resultados eran espectaculares: la reactivación y la redistribución del ingreso funcionaban.

También se lograba un apoyo político espectacular: en las elecciones presidenciales de septiembre de 1970 Allende había recibido un 36% de la votación. En abril de 1971, con ocasión de elecciones generales, la coalición de gobierno obtuvo más de la mitad de la votación. O sea, superó en términos absolutos a toda la oposición (la cual, además, seguía dividida y confusa).

Con todo, ya se perfilaban problemas graves. Uno: la redistribución monetaria del ingreso debía acompañarse de un cambio en la composición del PIB, algo que ya empezaba a verse como un proceso bastante más lento y difícil. Dos: se avanzaba poco y lento en la constitución del sector de propiedad social. Tres: la acumulación productiva se debilitaba. Conviene detenerse mínimamente en estos problemas básicos que ya se comenzaban a perfilar.

Primero: la constitución del Área de Propiedad Social (o sector “socialista”) se desarrolló a un ritmo muy inferior al previsto y exigido por el mismo proceso económico. Hubo vacilaciones y algunas componendas obligaron a fuertes desembolsos, por ejemplo en la compra de acciones de empresas que fueron compradas y no expropiadas. Asimismo, la gestión económica del nuevo y del viejo sector estatal pecó de excesivo burocratismo y de la ausencia de un *efectivo control obrero* de la producción. En muy alto grado, la propiedad capitalista (salvo en su manifesta-

ción más externa y superficial, de tipo jurídico) no alcanzó a ser significativamente alterada.⁷

Segundo: el sector económico que más contribuyó a la reducción de la inflación fue el estatal, cuyas empresas trabajaron con precios casi congelados. Con ello, los excedentes allí originados se anularon casi por completo y se puso en grave peligro la reproducción ampliada del sector estatal. En un modo muy preciso, de hecho aquí nos encontramos con el famoso modelo de Preobrazhensky aplicado al revés. Los excedentes que en el sector estatal se perdieron fueron a parar al sector privado y a las familias.

Tercero: la inversión privada declinó bruscamente y la inversión estatal no fue capaz de compensar tal caída. El coeficiente de inversión que ya en 1970 fue muy bajo llegando a un 16.3%, en 1971 cayó aún más, llegando a un 14%. Si suponemos una inversión de reposición del orden del 8-10% del PIB esto significa que sólo un 4-6% del PIB se destinaba a ampliar los acervos de capital fijo. Lo cual, dejaba en suspenso el ulterior crecimiento de la economía.⁸

Cuarto: al utilizar a destajo el gasto fiscal deficitario se provocó una gran expansión monetaria y una situación de “exceso de liquidez”, tanto más grave en cuanto las

⁷ Cambió el rostro de los gerentes, ahora gente de izquierda, pero no se rompió con la organización interna de la fábrica capitalista. Es decir, las pautas de división del trabajo, de la autoridad, etc., no se modificaron.

⁸ Si suponemos una relación producto-capital incremental del orden de 0.30, tal coeficiente de inversión se debería traducir en un crecimiento del 1.2-1.8% del PIB. O sea, prácticamente un estancamiento del ingreso per-cápita.

crecientes expectativas inflacionarias empezaron a trabajar a favor de un menor coeficiente de liquidez. Los fondos líquidos excesivos se concentraron básicamente en el sector privado: la cantidad de dinero en manos de este sector subió nada menos que un 113% en 1971. Y como el empresariado privado, especialmente el grande, casi no invirtió en forma productiva, el capital-dinero que acumuló se usó en forma improductiva (especulación, distribución, servicios, fugas al exterior), pero altamente rentable. De este modo, buena parte de la plusvalía extraída a los trabajadores del sector estatal fue finalmente a parar a manos de este capital que flotaba parasitariamente en el espacio de la circulación.

Quinto: al crecer tan fuertemente la demanda interna y no responder del todo la oferta interna, se tuvieron que disparar las importaciones. Junto con subir el quantum se alteró la composición, a favor del consumo y en contra de los bienes de capital. Asimismo, subió el precio de muchos bienes importados (alimentos, en especial) y el precio del cobre se redujo desde 64.2 centavos la libra en 1970 a sólo 49.3 centavos en 1971. A la vez, los préstamos e inversiones externas cesaron casi del todo. El año de 1971 terminó con reservas agotadas y un déficit en el balanza de pagos superior a los 300 millones de dólares. Empezaba, entonces, a operar el tradicional “estrangulamiento externo”, aunque ahora con fuerza redoblada.

Sexto: los presupuestos políticos a partir de los cuales se diseñó la política económica de Vuskovic se revelaron como erróneos. La agudización de los desequilibrios económicos se “resolvió” no en el asalto al poder burgués y en un cambio estructural

(político y económico) definitivo, sino en la destitución de Vuskovic como ministro de Economía (mayo de 1972).

b) Segunda fase: reformismo conservador, acentuación de los desequilibrios y semiestancamiento

Hacia mayo de 1972, en el seno de la UP y fuera de ella se despliega una muy rica discusión que desemboca en el “golpe de timón” impulsado por O. Millas y la dirección del PC chileno. Para muchos, fue algo así como una reacción “termidoriana”, aunque hay diferencias nada menores: si en el caso francés esa reacción tuvo lugar *después* de haber sido aniquilado el poder feudal, en el caso chileno tuvo lugar *antes* de haber roto con el Estado y el poder tradicionales. Situemos mínimamente el contexto en que se da este cambio de rumbo.

Uno: hacia la fecha se observa un impulso casi espontáneo de las bases obreras y populares en contra de la institucionalidad vigente y por desplegar formas nuevas, embrionarias claro está, de un poder de nuevo tipo, popular y revolucionario; asambleas populares, comandos y cordones comunales, consejos obreros de fábrica, etc.⁹ La consigna que empieza a estremecer al Chile de los trabajadores era el “Crear,

⁹ Valga advertir: el vocablo “espontáneo”, en este contexto, para nada significa “adanismo político”. Muy por el contrario, son los grupos más conscientes y politizados de la clase los que pasan a impulsar estas nuevas formas de organización social del pueblo trabajador. En ello convergían partidos como el MIR, fuertes núcleos del PS, parte del Mapu, sectores de base del PC y algunos desprendimientos del mismo PC que tenían una orientación más o menos maoísta.

crear, Poder Popular”, un *poder de nuevo tipo y autónomo del Estado vigente*. Todo ello, esbozaba un rebase del mismo Gobierno y de la dirección UP por su flanco izquierdo.¹⁰

Dos: emerge el descontento en alguna parte de las capas medias. Sobremanera, en los segmentos de la pequeña burguesía independiente.¹¹

Tres: la oposición, democristiana y de derecha tradicional, comienza a converger y unificarse. Asimismo, en su seno comienza a imponerse una orientación de carácter golpista. Algo que fue estimulado por el mismo miedo que provocaba el creciente radicalismo de la base trabajadora.

Cuatro: se acentúan los desequilibrios económicos y sus manifestaciones más directas; inflación, escasez, mercado negro, etc.

En tal contexto, el equipo económico de Vuskovic más algunos segmentos importantes de la UP y de la izquierda no UP, plantean la necesidad de: *i*) resolver el problema político; es decir, el de la naturaleza misma del Estado. Se debe, en esta óptica, construir un auténtico Poder Popular y disolver el existente aparato estatal; *ii*) avanzar drásticamente en la constitución del sector estatal como fuerza económica dirigente y, más en general, en la construcción de una nueva institucionalidad capaz de estimular la acumulación y el creci-

miento.¹²

La dirección del PC chileno más parte de la UP planteó una ruta muy diferente.¹³ En el plano económico buscaba algo así como un “retroceso táctico”, el que implicaba: *i*) congelar el proceso de estatizacio-

¹² Vuskovic, pedía “transformar los enunciados y declaraciones sobre la participación en un poder real y efectivo de los trabajadores” (1972). Otro integrante del “equipo” escribía muy lúcidamente: “mantener el cuadro de política económica de 1971 es inútil e imposible. Rindió lo que se esperaba de ella, fue diseñada para otras condiciones de funcionamiento de la economía y su misma aplicación modificó los elementos de su validez (...) con las nuevas condiciones emergen descarnadamente las limitaciones de la capacidad de dirección y control del Estado chileno construido para regular una sociedad capitalista y no para conducir un proceso de transición al socialismo. Sin una actividad intensa de existentes y nuevas organizaciones de masas que modifiquen con su presencia la naturaleza del Estado y sin la constitución y efectivo dominio del área de propiedad social, la política económica es superada, descalabrada, por la intensidad de las contradicciones sociales”. (Frenkel, 1972).

¹³ Orlando Millas, alto dirigente PC que manejaba una óptica económica muy conservadora, llegó a señalar que Chile vivía un momento parecido al de la NEP rusa. Con ello, hacía abstracción nada menos que del carácter mismo del Estado vigente, en uno y otro caso. Y valga aquí agregar: la cultura económica de Millas era muy elemental y no superaba las de un manual soviético introductorio. Por ejemplo, casi implícitamente, se apoyaba en las versiones más crudas de la teoría cuantitativa del dinero (línea de causalidad que va de la cantidad de dinero al nivel de precios y no al revés) y, al final de cuentas, en estos respectos su óptica no era muy diferente a la de Milton Friedman. En el plano más político, al interior del mismo PC se le reconocía como un dirigente muy autoritario (algo que muchos asimilaban a “dureza proletaria”). Por lo mismo, no es casual que en instituciones como consejos obreros, cordones industriales y asambleas populares, sólo viera la heces del “anarquismo pequeño-burgués”. Con lo cual, objetivamente, terminaba por rechazar las formas

¹⁰ A partir de esta constatación, los sectores de la izquierda más radical justificaban sus propuestas de un real asalto al poder, aún vigente, de la burguesía.

¹¹ El núcleo dirigente del PC, sobremanera por boca de Orlando Millas, a partir de este dato, hablaba de una “correlación de fuerzas que se deterioraba” y que, según ellos, exigía un retroceso táctico.

nes y “consolidar” lo ya logrado;¹⁴ *ii*) impulsar la expansión de la producción, elevar la productividad y la disciplina fabril. Asimismo, en el plano político, se buscaba evitar la unificación de la oposición, lograr una alianza con la Democracia Cristiana y así aislar a la derecha más golpista.

Esta segunda línea estratégica fue la que triunfó. Examinemos rápidamente sus resultados.

En lo general, el balance fue claro: acentuación de los desequilibrios y tendencia al estancamiento económico.

La inflación se aceleró y se tornó explosiva: si en abril de 1972 llegaba al 39% anual, en abril de 1973 llegó al 199% anual. Los salarios reales empezaron a descender (si hacemos enero de 1972 igual 100, en abril de 1973 se llega a 87). En 1972, el PIB creció al 3.6% y la producción industrial en un 3.0% (en el segundo semestre de 1972 cayó en un 5%). El coeficiente de inversión siguió cayendo, 16.3% (1970), 14.0% (1971) y en torno al 10-11%

más nucleares del poder obrero. Valga también agregar: en el plano personal, Millas fue un hombre terriblemente abnegado, muy laborioso y de honradez acrisolada. Como que se le llamaba, amistosamente, la “monja alemana”. Por decirlo de alguna manera, en él se sintetizaban buena parte de las virtudes y deformaciones del PC chileno.

¹⁴ Nada menos que en junio de 1973, Vuskovic señalaba que “las áreas social y mixta distan aún de haber alcanzado la amplitud prevista y requerida (...); de las 93 empresas industriales que el gobierno ha reiterado en su proyecto reciente que deben incorporarse a las áreas social y mixta, en la actualidad sólo 8 pertenecen a ella, mientras que 48 están requisadas o intervenidas y 37 permanecen bajo propiedad y control privado.” (Vuskovic, 1973). Se debe también recordar que el programa inicial hablaba de 252 empresas industriales y que luego del “golpe de timón” la lista se redujo a 91.

en 1972. Por último, tenemos que el desequilibrio externo asumió caracteres alarmantes: hacia 1973, se señalaba que “para mantener los actuales niveles de abastecimiento a la población, se requieren importaciones de alimentos (incluyendo materias primas alimenticias) del orden de los 500 millones de dólares. Para mantener funcionando a plena capacidad la industria, se requieren importaciones cercanas a los 600 millones de dólares. Para pagar la deuda externa, alrededor de 400 millones más. Todo esto, que no considera importaciones de bienes de capital, suma mil 500 millones de dólares. Frente a ello, en el bienio 71-72 los ingresos por exportaciones no superaron los mil millones de dólares anuales” (Mistral, 1974: 86) Y como el financiamiento externo resultaba mínimo, se comprende la tremenda gravedad de la situación.

En resumen, no hubo ninguna mejoría. Por el contrario, la situación empeoró y se arribó a un estado muy cercano a la parálisis y descomposición. Es decir, la reproducción capitalista se descompuso casi por completo sin que pudiera emerger y desarrollarse una nueva forma de gestión económica, de carácter socialista, que fuera capaz de sustituirla.¹⁵

En el plano político las cosas fueron

¹⁵ En la coyuntura, la economía no podía resolver por sí misma. Esto pasaba a ser resorte de la variable política. Pero como ésta no se movió en la dirección adecuada, la economía entró en estado de descomposición. Pensar que se podía reactivar la economía sin resolver el problema político central —el del Poder— fue el supuesto erróneo básico que manejó el enfoque conservador de Millas *et al.* En los últimos dos meses del gobierno de Allende, algunos dirigentes del PC, como Insunza y Luis Figueroa, empeza-

peores: nada se consolidó ni hubo acuerdo con la oposición. Peor aún, no se logró parar el golpe y como se trabajó con el supuesto de que se debía y podía evitarlo, lo que final y objetivamente se logró fue evitar que el pueblo se organizara para defenderse y atacar con eficacia.

Dos problemas centrales

La experiencia de la UP, incluso en su fracaso, fue tan rica que exige muchas y variadas investigaciones, serias y rigurosas. Como en unas simples notas no se pueden cubrir estas exigencias, quisiéramos por lo menos llamar la atención en torno a dos problemas económicos centrales: *a)* el de la acumulación y el crecimiento en un proceso de transición; *b)* el de la productividad y las relaciones propiedad.

a) Acumulación y crecimiento.

Hemos ya indicado que un propósito expreso del gobierno allendista era evitar el purgatorio de la “acumulación socialista originaria” al estilo soviético. El punto debe subrayarse: si a los trabajadores (incluyendo aquí a los campesinos) se les exige tal nivel de sacrificios, hay derecho para suponer que se trata de imposiciones y no de decisiones libres. Pero una cosa es respetar la necesidad de elevar el nivel de vida de lo que se supone son las clases dominantes en el nuevo esquema y otra, muy diferente, es gatillar explosivamente el consumo y, a la vez, reducir la acumula-

ción a niveles misérrimos. ron a barruntar el problema e insinuaron un reordenamiento táctico que no alcanzó a cuajar. En realidad, en este último período las posturas más lúcidas provenían desde fuera de la UP: desde el MIR dirigido por Miguel Enríquez.

ción a niveles misérrimos.

La acumulación debe: *i)* elevarse sustancialmente (medida como porcentaje del PIB), para así elevar el crecimiento y la productividad; *ii)* asimismo, debe reorientarse sectorialmente con el afán de satisfacer la nueva norma distributiva¹⁶ y, a la vez, lograr un mínimo de autonomía nacional en materia de acumulación y tecnología.¹⁷ Esto, a su vez, plantea algunas exigencias que conviene indicar.

La primera, supone que el nuevo régimen debe pasar a controlar el grueso del excedente económico y asegurar su aplicación en inversiones productivas.

Para tales propósitos, se debe constituir un sólido sector estatal. En este, deben entrar las grandes empresas industriales monopólicas de tal manera que el nuevo Estado se asegure: *i)* el control de la mayor parte del excedente; *ii)* también se asegure las posiciones estratégicas o de comando en el proceso de reproducción de la economía. El gobierno UP tenía claro este problema y para tales efectos diseñó la deno-

¹⁶ Ciertamente, no basta llevar los salarios a tal o cual porcentaje del ingreso nacional. A la vez, en consonancia con este movimiento, debe alterarse la composición del PIB (oferta de origen interno) y las importaciones (oferta de origen externo). Lo primero no se logra a corto plazo y, por lo mismo, si hay una expansión excesiva del consumo asalariado, buena parte de la nueva demanda debe satisfacerse con importaciones. Lo cual agrava los problemas de balance de pagos y cercena las posibilidades (al dificultar las importaciones de máquinas y equipos) de una acumulación dinámica.

¹⁷ Esto exige dinamizar el crecimiento del Departamento I (el productor de medios de producción) de la economía. Incluyendo como parte del Departamento I al sector exportador. Ello, en tanto las divisas que genera se apliquen a la importación de bienes de capital.

minada Área de Propiedad Social, la cual debía funcionar como núcleo del ulterior sector socialista. Para evitar fugas de capital, sabotajes e incertidumbres, este proceso debe ser muy rápido. Lo cual, también permite iniciar cuanto antes la coordinación del sector, lo que asegura las sinergias y eficacia del caso. Es decir, se posibilita el avance a un sistema nacional (i.e. del nuevo segmento) de planificación.

En lo indicado, surgieron serias insuficiencias. Una: el proceso fue torpedeado por el Parlamento y avanzó con gran lentitud.¹⁸ Dos: por lo mismo, se crearon incertidumbres adicionales (a las inevitables) en el sector privado. Tres: el excedente “se esfumó” y la acumulación productiva terminó por descender. Este, pensamos, fue el punto básico y conviene detenerse en él.

En los tiempos previos, el grueso del excedente era apropiado por los grandes monopolios, industriales, exportadores, financieros y comerciales. Por lo mismo, una de las razones básicas de la estatización era pasar a controlar ese excedente y aplicarlo a la acumulación productiva con la orientación ya mencionada. Pero cuando esa estatización se dio, el excedente pareció perderse. Lo que sucedió fue un cambio drástico en las leyes de formación de los precios relativos. El nuevo sector estatal ya no aplicó la política de precios oligopólicos sino otra de congelamiento de precios con el fin de abatir la inflación. Apareció, entonces, una tijera de precios por medio

de la cual, los excedentes del antiguo segmento monopolístico fueron transferidos al sector privado.¹⁹ Con lo cual, ese excedente que así se privatizaba, no se aplicó a inversiones productivas. Amén de que la inversión estatal se veía seriamente entorpecida. Al final de cuentas, el sector estatal funcionó perversamente, como una máquina que se aplicaba a subsidiar al sector privado en términos de su consumo personal y, sobremanera, de sus gastos improductivos. De aquí también se desprende otra lección más o menos elemental: el control inflacionario no puede darse por la vía de precios estatales congelados sino por un control popular de los mecanismos de precios y distribución del mismo sector privado.

Junto a lo indicado está el *problema real*. Es decir, lo que técnicamente se conoce como “*capacidad material de acumulación*”. La idea es sencilla: para acumular no basta contar con cierto excedente disponible para la inversión. Junto con ello, se trata que en ese agregado económico existan los bienes que por su valor de uso pueden funcionar como sustrato material de la acumulación. Si vg. en el excedente sólo hay bienes de consumo, la acumulación — que exige máquinas y similares— no puede tener lugar. Esto, nos conduce al problema de los determinantes de la oferta de bienes de capital. Para el caso,

¹⁶ En realidad, las trabas de todo tipo que puso tanto el Congreso como el Poder Judicial a las iniciativas del Gobierno, obligan a pensar en la necesidad de su disolución. Claro está, este eventual tipo de medidas rompía completamente con los métodos declarados de la “vía chilena” al socialismo.

¹⁹ Un estudio de la época señalaba que en 1971 el nivel general de precios subió un 13% más que los precios del sector estatal; y en 1972 en un 42% por encima de los precios estatales. O sea, las “tijeras desfavorables” se fueron acentuando y, por lo mismo, descapitalizando completamente al área estatal (Mistral, 1974: 73).

podemos señalar que esa oferta se ve alimentada por: 1) la producción interna de bienes de capital (menos la parte que se exporta); 2) lo que se puede importar de bienes de capital, una vez que se han satisfecho las importaciones imprescindibles de consumo e intermedios, sin incurrir en financiamiento externo; 3) las importaciones de bienes de capital sustentadas en el endeudamiento externo.²⁰

En el caso chileno, las posibilidades de desarrollar una vasta industria interna de bienes de capital es reducida. El tamaño pequeño de la economía nos habla de un mercado interno reducido y la integración exportadora a los mercados mundiales, en ausencia de una integración latinoamericana o socialista favorable, es muy difícil. El segundo punto exige diversificar y dinamizar la capacidad exportadora del país, algo que tampoco funcionó en el período pero que es una meta ineludible. Aquí, valga apuntar, hubo cierta ingenuidad en la consideración del feroz y compacto bloqueo estadounidense. Asimismo, ingenuidad en cuanto al posible apoyo del campo “socialista”, el que de hecho fue completamente insuficiente.

En la experiencia UP, resumiendo, es muy claro que se subvaluó el problema de la acumulación. En fin, por ahora nos basta indicar la necesidad de discutir muy seriamente este problema, que para nada es sencillo y que, inclusive, pudiera poner en duda la misma viabilidad de un eventual proceso de transición.

b) Productividad

²⁰ Las fuentes tradicionales cesaron por completo. Y la ayuda del “campo socialista” no llegó en la medida necesaria.

y relaciones de propiedad

Para la consolidación de cualquier forma socioeconómica la elevación de la productividad constituye un ingrediente básico. Para el socialismo este factor es aún más decisivo. Y en las condiciones chilenas, que exijan una fuerte expansión de la oferta interna, con mayor razón. Por lo mismo, conviene apuntar algunos señalamientos mínimos sobre el problema.

Una primera y muy general consideración sería: en un período de transición inicial que apunta cambios estructurales tan drásticos, es inevitable que la productividad incluso descienda en un primer momento. Son los costos que supone desarmar-destruir el antiguo orden y constituir-organizar un nuevo ordenamiento económico. Costos que, por lo demás, son el precio a pagar por un ulterior relanzamiento más dinámico de esta productividad. En el análisis de la experiencia chilena del período, es éste un punto que no debemos olvidar.

Una segunda consideración apunta al estado del problema en el sector privado capitalista que se pretende preservar como tal. Como es obvio, en este sector la incertidumbre inicial (más allá de las posibles declaraciones oficiales) es muy elevada y esto, como regla, conduce a una parálisis de la inversión privada. Asimismo, podemos esperar que se rompa o debilite la disciplina fabril, que caiga la intensidad del trabajo y también la extensión de la jornada (por huelgas, asambleas, etc.). Uno y otro factor (inversión y disciplina) afectan negativamente la productividad. En relación a este problema, podemos comentar: *i)* en tanto la transición inicial no se completa y aún no existe un Estado de nuevo tipo plenamente consolidado, el pro-

blema se agrava. Al revés, una transición corta y drástica, paradójicamente, suaviza el problema; *ii*) hay aquí aspectos muy delicados que han sido poco estudiados: el de las relaciones del nuevo poder con este sector capitalista (en qué términos, con qué plazo, etc.), el de las relaciones con la clase obrera del sector (que se suele sentir postergada y que pugna por la estatización de su fábrica) y el de las relaciones entre patrones y trabajadores en este sector capitalista. Como no podemos entrar a discutir el punto, nos limitamos a señalar su importancia.

La clave, en todo caso, reside en la situación del nuevo sector estatal.

Primero, tenemos el tiempo que demora su constitución e integración. Si esto se demora y aplaza, las ventajas de una regulación planificada del sector no pueden emerger. Y en el Chile de Allende, la constitución del APS fue lenta y muy incompleta. De hecho, jamás se logró una gestión planificada coherente del sector.

Segundo, está un problema si se quiere de orden más técnico. En el nivel de productividad inciden diversos factores. De ellos, el que suele ser más decisivo (*caeteris paribus* lo demás) es la densidad de capital (capital fijo por hombre ocupado). Tanto esta variable como la posible incorporación de progreso técnico, se mueven en función de la dinámica que asume la acumulación. Si ésta se expande con rapidez, tales factores también se dinamizan y cabe, en consecuencia, esperar un rápido crecimiento de la productividad del trabajo. La clave, entonces, reside en la acumulación. Pero ésta, como ya hemos visto, se paralizó. Por la política de precios que siguió el sector estatal, terminó por quedarse casi sin excedentes lo que hundió su

capacidad de acumulación. Consecutivamente, no se dieron las condiciones —por este lado— para dinamizar la productividad del trabajo.

En tercer lugar tenemos lo que pensamos es y fue el aspecto más decisivo. Este tiene que ver con las *relaciones de propiedad existentes en el sector estatal*.

Para mejor entender el punto recordemos primero las claves de la propiedad capitalista. En ésta, a partir de la distribución del poder patrimonial que la tipifica, se desprende que: *i*) al interior de cada empresa el proceso de producción está sujeto a un plan; *ii*) este plan responde a la voluntad del capital y no de los que ejecutan tal plan, que son los trabajadores; *iii*) por lo mismo, el plan le es *impuesto* a sus ejecutantes. Es decir, la *dirección capitalista asume un carácter ineludiblemente despótico*. De aquí también se deriva el tipo de disciplina que caracteriza a la empresa capitalista: se trata de una *disciplina impuesta coactivamente*, por las normas internas a la fábrica, por los vigilantes, por las leyes fabriles y, por último, por la permanente amenaza de despido y cesantía que sufren los trabajadores.²¹ Y debemos comprobar que, en términos de intensidad

²¹ Recordemos a Marx: “desde un punto de vista ideal, la coordinación de sus trabajos se les presenta a los obreros como *plan*; prácticamente, como la *autoridad* del capitalista, como el poder de una voluntad ajena que somete su actividad a los fines perseguidos por aquella (...). Si por su *contenido*, la dirección capitalista tiene dos filos, como los tiene el propio proceso de producción por él dirigido, los cuales son por un lado un proceso social de trabajo para la creación de un producto y de otra parte un proceso de valorización del capital, por su forma la dirección capitalista es una *dirección despótica*”. (Marx, 1973: 267-268).

y productividad del trabajo, como regla los resultados han sido espectaculares.

Ahora bien, cuando esas relaciones de producción tienden a disolverse, por lo menos en un primer momento la disciplina fabril se suele deteriorar con el consiguiente impacto negativo en los niveles de productividad. Ante esta situación, surge la disyuntiva: *a)* impulsar nuevas relaciones sociales de producción (de carácter socialista-comunista) y en el marco de estas nuevas relaciones, *generar un nuevo tipo de disciplina, conciente y auto-impuesta*. Por ejemplo, se trabaja con más cuidado e intensidad no por el látigo que esgrime el capataz sino porque el obrero entiende que la fábrica es suya, de él y de sus camaradas de fábrica. Más aún, *del conjunto de la clase* con la cual teje fuertes relaciones de solidaridad; *b)* *restaurar la disciplina capitalista* y evitar así el derrumbe de la productividad. Digamos que en los procesos de transición (e inclusive de construcción) del socialismo, ésta ha sido una tentación permanente. Sobremanera cuando cunden los desequilibrios y la productividad del trabajo se estanca o tiende a caer. Y esto no sólo por el natural desorden productivo que genera toda transición de gran profundidad; también por cierta tendencia a la anarquía, a la indolencia e irresponsabilidad que emerge en algunos grupos de trabajadores.

Este problema es absolutamente decisivo pero aquí sólo podemos mencionarlo. Como sea, debemos recalcar que en él se encierra *todo* el destino del nuevo orden. Si el socialismo no es capaz de resolver este problema de las nuevas relaciones sociales de producción (relaciones que deben *transformar al trabajador en efectivo dueño de*

la producción y del conjunto de la vida política y social) y su nexos con mayores niveles de productividad, nunca podrá triunfar. Y hay que decirlo con mucha claridad: hasta ahora, la experiencia histórica sólo nos muestra fracasos en este muy decisivo frente. Los afanes socialistas no han logrado transformar a la clase obrera en una clase libre y dueña de su destino.²² Por lo mismo, tampoco se ha logrado pasar a un nivel de productividad históricamente superior. En suma: cómo traducir el ideal en una realidad material concreta, sigue siendo el gran desafío de los movimientos populares y de los trabajadores que luchan por un nuevo orden, socialista-comunista.²³

Un comentario final

Se dice que la historia la escriben los vencedores. En el caso de Chile, también es cierto. Con un agregado: los derrotados, en su gran mayoría, también la vienen escribiendo y lo hacen, con una perspectiva que no difiere, en lo más sustantivo, de la que manejan los vencedores. O sea, han sido asimilados a la ideología de derechas do-

²² Amén de la dificultad objetiva, incide también la falta de preparación de la clase obrera para actuar como fuerza dirigente: ya Bujarin señalaba que la clase obrera podía ser muy eficaz en las tareas de destrucción del orden burgués pero no lo era en el campo de la construcción del nuevo orden. La experiencia histórica usualmente le ha vedado formar adecuadamente estas capacidades. Pero, sobretudo, ha incidido la usual falta de confianza de los dirigentes en la capacidad creadora y de iniciativa de la clase obrera. Esta, pudiera ser una de las peores herencias que dejó el estilo estalinista en las filas de la izquierda.

²³ Empleamos las dos categorías en el sentido más primigenio: entendiendo al socialismo como una fase previa y preliminar del comunismo.

minante. Expliquemos esto.

En los últimos años, sobremanera en las filas de la Concertación, se ha venido desplegando una postura cada vez más extendida y que es necesario recoger. De acuerdo a esta interpretación, las razones últimas del Golpe de Estado y la consiguiente dictadura que le siguió, residirían no tanto en el comportamiento de las derechas (civil y militar) sino en el de las izquierdas. O sea, en el comportamiento político de la Unidad Popular y del gobierno de Allende. En otras palabras, como en España con el conde don Julián, la política de la UP habría provocado o causado la reacción golpista.

Si el argumento se quedara en este nivel general, abriría la posibilidad de dos interpretaciones alternativas.

La primera, enfatizaría lo que la UP *dejó de hacer*. Lo cual, si nos limitamos a los factores más decisivos apuntaría a: *i*) la UP no fue capaz de organizar un poder popular armado.²⁴ En general, careció de una política militar adecuada, tanto en su interior como hacia el ejército oficial; *ii*) la UP no entendió el problema crucial de toda transición: el de la naturaleza clasista del aparato estatal y su relación con el tipo de

²⁴ En el PS, dirigentes como Altamirano se enredaron creyendo que el problema pasaba por estatizar un poco más o un poco menos empresas. Asimismo, hicieron llamados completamente irresponsables al enfrentamiento armado sin que mediara ninguna acción destinada a prepararlo con seriedad y eficacia. Altamirano, que siempre fue muy bocón, con sus provocaciones terminó por ser un adelantador o acelerador del golpe (en la coyuntura, lo correcto era intentar aplazar el golpe —de suyo inevitable— y aprovechar ese tiempo para preparar la respuesta popular adecuada). Hoy día, este “bon vivant”, reeditando sus hazañas atléticas en el salto alto, se dedica a propagandear el “socialismo neoliberal”.

cambio social que buscaba impulsar.

Más precisamente, si se trata de avanzar a un sistema no capitalista, no basta ganar el Gobierno y, por lo mismo, limitarse a *ocupar el aparato estatal* en funciones.²⁵ Este tipo de Estado es *disfuncional* a tales propósitos, no sirve para ellos. Por lo mismo, es necesario disolverlo y *reemplazarlo por un Estado de nuevo tipo*, estructurado en términos muy diferentes y que, en virtud de esta nueva estructura orgánica, sea *funcional* al nuevo orden socioeconómico. De seguro, ésta fue la omisión más grave, la que de hecho implicaba desconocer el abecé más elemental de toda posible transición al socialismo.

En este contexto, valga precisar. Cuando hablamos de Estado de nuevo tipo no estamos pensando en que “los jefes” sean ahora hijos de la clase obrera. El problema es otro: desplegar un diferente sistema u organización social. Es decir, hay que entender al Estado como una forma de organización social, como un determinado sistema de posiciones (status) y, por ende, de relaciones o “normas” que ligan esas posi-

²⁵ Para el PC chileno de la época, “lo que caracteriza nuestra situación actual es que el proletariado y sus aliados han conquistado una parte del poder, que se expresa en el control de la rama ejecutiva del gobierno (...); lo característico es que la dualidad de poder asume en Chile esta forma peculiar, elemento central, además, de cualquier definición correcta de nuestra actual etapa revolucionaria” (Ramos, 1972). Según se observa, aquí la dualidad surge al *interior* del aparato estatal vigente, no entre dos formas *opuestas* del Estado, el burgués y el proletario. De donde, podemos deducir que completar el proceso se entendía como la *ocupación completa* del Estado burgués. Lo cual, abre una interrogante que aquí no podemos abordar: ¿cuál era el *real* contenido de los propósitos políticos implícitos en esta visión estratégica?

ciones. Esta es la estructura que se debe transformar pues *es ella la que determina la actividad que deben desplegar los que ocupan ese aparato*. Si hablamos de Estado burgués, lo que allí encontramos es en una *estructura de mando vertical, que viaja desde arriba hacia abajo*, asumiendo la forma burocrática clásica (en lo militar y en lo civil). Luego, si ese Estado es ocupado v.g. por obreros, sin destruir su forma orgánica, esos obreros empezarán también a mandar a los de abajo. Amén de separarse-aislarse de ellos y, por lo mismo, comenzar más tarde o más temprano a no reflejar esos intereses.²⁶ Por el contrario, *lo que el pueblo necesita es una estructuración del Estado que obligue a “mandar obedeciendo”* como muy gráficamente lo han dicho los zapatistas. Esto significa una línea de mando del todo opuesta a la que exige el Estado actual: aquí, en el Estado que expresa el Poder Popular, *la autoridad y el mando suben desde abajo hacia arriba* y los dirigentes deben ser *revocables* en cualquier momento por la base que los ha elegido.²⁷

La segunda interpretación es del todo

²⁶ Con lo cual, también se siembran las condiciones para la emergencia de una nueva clase, la que en nombre de la clase obrera termina por dominar y explotar a esa clase.

²⁷ La actual coyuntura mexicana permite ilustrar muy bien la importancia del principio de revocabilidad. Se sostiene que las llamadas “reformas estructurales”—todas ellas de corte neoliberal—no serán aprobadas si en el horizonte inmediato se deben efectuar elecciones públicas. Por lo mismo, se propone agrupar todas las elecciones y distanciarlas todo lo posible en el tiempo. De este modo, se podrían aprobar reformas antipopulares. Con ello, se reconoce primero que esas reformas perjudican al pueblo; segundo, que se teme el control popular; tercero: que se busca evitar ese control y trabajar contra el pueblo. En este contexto queda muy claro

opuesta y enfatiza lo que la UP *hizo de más*. En este caso, se sostiene que los afanes anticapitalistas tenían que provocar, ineludiblemente, el quiebre institucional. Claro está, esta afirmación llega a ser tautológica y no es ella per se, sino *lo que de ella se viene deduciendo* lo que nos interesa rescatar. Para los que ahora manejan esta perspectiva, lo que correspondía era evitar esos afanes rupturistas y respetar las bases capitalistas del sistema, limitándose —por ende— a una política de reforma democrática. En este contexto, algunos señalan que el eventual avance a un orden no capitalista podría darse pacíficamente sólo en el caso de una mayoría electoral aplastante, del 75% o más. Como a la vez, en esta postura se debe respetar el control privado vigente de los medios de comunicación masivos (como TV, radio, etc.) y también dejar intactos el ordenamiento y estructura de las Fuerzas Armadas, la citada meta electoral y política, deviene algo fantasmal y se muestra como un puro tartufismo político.²⁸ Amén de que se desconoce el factor o dato clave: la burguesía jamás entregará *pacíficamente* su po-

la funcionalidad, para los de abajo, del principio de revocabilidad.

²⁸ La mayoría electoral sólo sirve para legitimar ciertos comportamientos, pero incide muy poco en materias que tienen que ver con el poder. Este, tiene que ver con otros mecanismos que superan en mucho al dato electoral. Y si no hay poder, no hay cambio social. En esta propuesta se deja casi el cien por ciento del poder en manos de la clase dominante. Por lo mismo, el citado electoralismo se transforma en una pura farsa. Por cierto, no se trata de reeditar ninguna forma de “blanquismo”; sí de *dotar a la mayoría del poder necesario para imponer su voluntad*. En breve, se debe entender lo que es la *política real* y no creer en cuentos de Caperucita.

der.²⁹ Después de todo, para eso ha construido y organizado el aparato estatal burgués.³⁰

Lo que esta postura termina por aceptar es el *derecho de veto de la burguesía* a los cambios sociales (económicos, políticos, etc.) que el gobierno de turno pudiera impulsar. En otras palabras: si emerge un gobierno ajeno a los intereses de la burguesía, solo podrá transformar lo que la clase dominante (i.e. la burguesía) decida aceptar. Si se cruza esta raya, se estaría provocando un golpe de Estado y el consiguiente régimen dictatorial. Luego, esta raya no se debe cruzar.

En esta postura, según se puede advertir, se asume también el axioma básico de la democracia burguesa: “aceptamos el veredicto de la mayoría en tanto ese veredicto concuerde con nuestros intereses. Es decir, en tanto la mayoría vote por la minoría. Pero si la mayoría vota por la mayoría, se acaba la democracia”.

La moraleja que se desprende es muy

²⁹ En este punto, para nada debe olvidarse el crucial papel que juega el Estado imperial (EEUU). Este no sólo suplementa las funciones coactivas del Estado nativo. De hecho, las dirige y, si es necesario, las suplanta. Una selección de documentos oficiales sobre la escandalosa intervención de EEUU en el golpe militar y durante todo el período previo (Opaso, 1991).

³⁰ Para el caso chileno se ha hablado de “traición” de los militares. Esto es engañar al pueblo y mistificar al núcleo del aparato estatal. Muy al contrario, los generales se limitaron a cumplir muy bien la función que el sistema les ha encargado. Desconocer que los aparatos armados están para preservar las bases de sustentación del sistema y pasar a hablar “del pueblo uniformado” resultó criminal. Ni siquiera ayudó a impulsar alguna mínima división en las filas del ejército, aunque las condiciones para ello hubieron estado presentes.

clara: los trabajadores deben aceptar la matriz capitalista del sistema y abandonar sus afanes por trascenderlo. Su lucha, por ende, debe limitarse a ciertas reformas que junto con permitirles una mejor condición económica, sean aceptadas por la clase dominante.³¹

En esta perspectiva, el estudio crítico y objetivo de la experiencia de la Unidad Popular chilena no puede ser aceptado: resulta peligroso. Para la ideología dominante esta experiencia debe ser olvidada y, si algo de memoria queda, debe ser deformada y presentada como lo que no fue. Por nuestro lado, el afán es muy diferente: se trata de llamar a estudiar a fondo esa experiencia. Sobremanera, se trata de *aprender de sus errores*, que es uno de los requisitos para transformar las derrotas en victorias ulteriores. Es decir, se trata de estudiar no para agachar la cabeza sino para volver a rebelarse, esta vez —esperamos— con mejor suerte.

³¹ Prácticamente toda la actual dirección del Partido Socialista chileno, se sitúa en esta posición. De hecho, este partido ha perdido su antigua dimensión clasista y se ha transformado en un partido del todo burgués. Inclusive, con muy fuertes afanes neoliberales. El gobierno chileno dirigido por Ricardo Lagos es una muestra hasta escandalosa de los afanes de esta nueva y advenediza burguesía, cínica, trepadora y corrupta.

BIBLIOGRAFÍA

- Allende, Salvador (1998) *La vía chilena al socialismo*, Edit. Fundamentos, Madrid.
- Corvalán, Luis (1971) *Camino de victoria*, Santiago.
- Frenkel, R. (1972) *Salarios, precios y control social*, Mimeo, Santiago, julio.
- Marx, Carlos (1973) *El Capital*, Tomo I, FCE, México.
- Mistral, C. (1974) *Chile: del triunfo popular al golpe fascista*. Editorial. ERA, México.
- Opasso, C. (Compilador) (1991) *Frei, Allende y la mano de la CIA*, editorial, Ornitórrinco, Santiago de Chile.
- Programa básico del Gobierno de la Unidad Popular*, (1970) Santiago.
- Pinto, Aníbal (1975) "Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano", en A. Pinto, *Inflación: raíces estructurales*. FCE, México.
- Ramos, Sergio (1972) entrevista en Chile Hoy, 21/ de julio.
- Sader, Emir (1971) *Movilización de masas y sindicalización en el gobierno UP*. Cesó, Universidad de Chile, Santiago.
- Vuskovic, Pedro (1972) En entrevista en Chile Hoy, 30 de junio.
- Vuskovic, Pedro (1973) Entrevista en "Última Hora", 7 de junio
- Vuskovic, Pedro (compilador) (1993) *Obras escogidas sobre Chile, 1964-1992*, Editorial Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar; Santiago.